

El olivo de la Aljafería



Trozo de un cuento del libro:

El olivo de la Aljafería

Cuentos judíos en Aragón



Sefarad Aragón

<http://sefaradaragon.org>

Historias inspiradas en leyendas y cuentos judíos, contadas por:

Maor Luz

Investigación histórica:

Javier Gómez Gil, Timna Freire Segal
y Concepción Gálvez Martín.

Corrección de textos:

José Alfonso Gamero Arrese y Javier Gomez Gil

Corrección estilo:

Raquel Buil Bretos

Ilustraciones:

Alejandro Cortés Calahorra

Fotografías:

Timna Freire Segal y Maor Segal

Diseño:

Timna Freire Segal

Edita:

LIBROS CERTEZA

C/. Parque, 41

50007 ZARAGOZA

Tel. (34) 976 27 29 07

Fax (34) 976 25 18 80

E-mail: certeza@certeza.com

www.certeza.com

Depósito legal: Z-3757-2008

ISBN: 978-84-92524-15-0

Primera edición: 2008

Imprime: Huella Digital

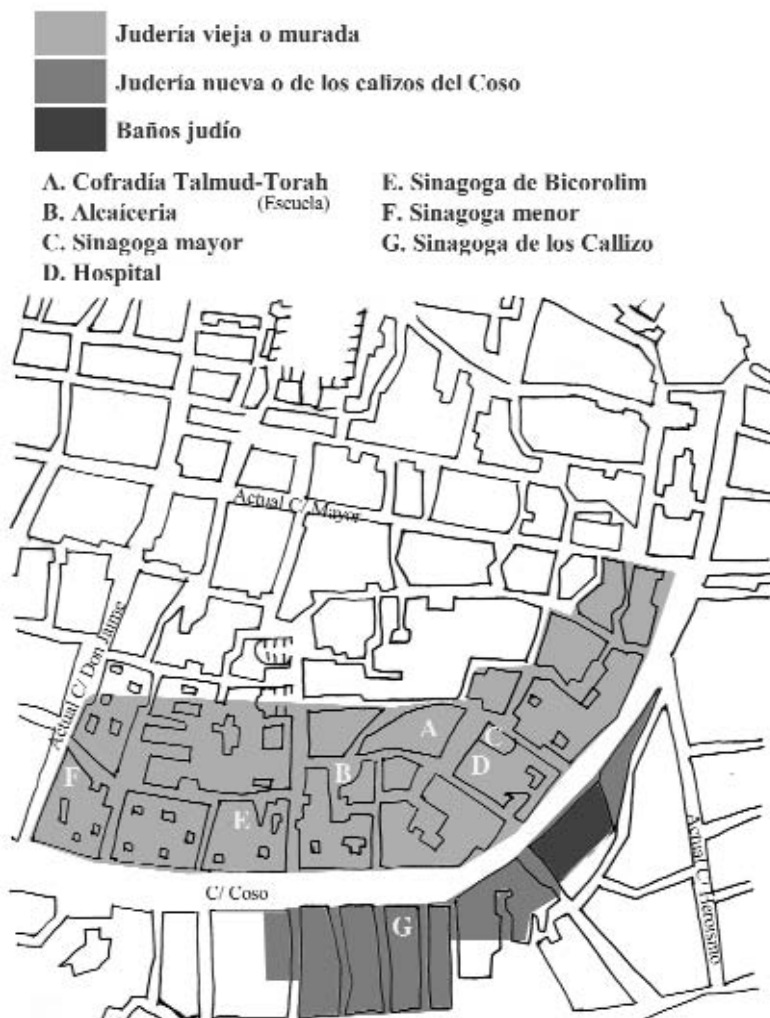
Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de
Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

La judería de Zaragoza

El papel que tenía esta ciudad como capital del Reino influyó también en el desarrollo de su comunidad judía. Sin desmerecer otras juderías, como las de Tarazona o las Cinco Villas, de las que se hablará enseguida, o de otras aljamas como las de Huesca, Jaca, Alcañiz o Calatayud, la judería de Zaragoza alcanzó una importancia y una complejidad especial. Políticamente cuenta con importantes organismos de autogobierno (es decir, de representación directa del rey entre los habitantes), de los que además dependían las recogidas de impuestos de localidades cercanas como Zuera.

Su población llega a superar los 2.000 habitantes. Al principio se distribuía dentro del antiguo perímetro fortificado por los romanos, concretamente en el rincón sudoriental de la muralla, que servía de muro trasero a las casas de la última calle de de la judería. Dibujando el trazado en un plano se puede decir que este barrio judío se encuentra en el espacio que forman la calle Don Jaime, Coso y Coso Bajo, plaza de la Magdalena y calle San Jorge. Sin embargo se quedó pequeña para dar cobijo al desarrollo industrial de los judíos zaragozanos y con el

tiempo se abre una nueva judería al otro lado, fuera de la muralla, en la zona de la calle San Miguel. Ésta recibió el nombre de callijos del Coso o Judería Nueva, pasando a llamarse la anterior Judería Vieja.





¿Sabías que...?

Los judíos se consideraban en la España medieval cofres del rey y formaban parte del patrimonio real. Como contrapartida a los privilegios obtenidos, que les confiere un aceptable grado de autonomía, responden al pago de determinados impuestos ordinarios y extraordinarios.



¿Sabías que...?

En la edad media en España sólo los judíos respetaban un día festivo a la semana, los sábados, dando descanso a todo el mundo, también para los esclavos ("no olvides que fuiste esclavo en Egipto").



Palacio de la Aljafería - Zaragoza

El olivo de la Aljafería

Yosef Ardit era un joven judío inteligente y trabajador, hijo de un zapatero que tenía su pequeño negocio en la calle llamada de “en medio” o “de la acequia”. Los Ardit se habían dedicado a ese oficio desde hacía generaciones y el padre de Yosef hubiera querido que su hijo le sucediera un día como zapatero. Pero a él le gustaba más ir a la sinagoga de Ceán* donde se practicaba el culto y se profundizaba en el estudio del Midrash y la Mishná del Talmud con el maestro Tadruz Alazar. Por ello, en vez de como aprendiz de zapatero, Yosef prefería ganarse la vida con trabajos temporales: ayudaba en los arreglos de las casas, hacía toda suerte de recados y desarrollaba pequeñas labores para los talleres artesanos tanto de los judíos, como de los cristianos y musulmanes de Zaragoza. A su anciano padre le hubiera gustado verle con mujer e hijos. Pero Yosef no tenía prisa por casarse y, así, sin

* Sinagoga de Ceán: ubicada en un solar en la confluencia del Coso con la actual Calle Porcell, era el núcleo espiritual del Barrio Nuevo creado en la Edad Media con la ampliación de la judería fuera de las murallas, al otro lado del Coso (desde la Calle Espartero a la actual Plaza de España), ocupando el hondón natural al pie de las murallas y llegando hasta la actual Calle de San Miguel.

grandes pretensiones, ambos vivían felices en su pequeña casa de la Calle Siltón (la actual Calle Santa Catalina), en el centro de la judería nueva, extramuros de Zaragoza.

En octubre, justo después de *Rosh haShaná* del año judío 5106, es decir, del año 1345 según el calendario gregoriano, falleció el padre de Yosef. Y éste, que estaba muy unido a él, pasó largo tiempo llorando la muerte del anciano y recitando el *Kadish* frente a su modesta tumba. Permaneció días enteros sentado allí, añorando a su padre y, entretanto, vivió de lo que tenía ahorrado hasta que se quedó sin nada.

En el primer día de *Januká*, la judería se llenó de luz. En todas las ventanas se veían las *janukías* con el *shamash* y la primera vela encendidas. Al atardecer, cuando volvía del cementerio paseando por las calles de la judería, Yosef vio estas luces y se dio cuenta de que debía volver a la normalidad: habían pasado ya dos meses desde la muerte de su padre y él tenía que seguir con su vida.

Volvió a la pequeña casa. Recitó la bendición de la primera vela. Y tal como manda la tradición, puso la vieja *januquía* en la ventana para que todos pudieran compartir el milagro de esa luz, en recuerdo del otro milagro que en tiempos antiguos hizo Dios a los judíos. Esa noche soñó

con su padre sonriéndole desde la luz de las velas y, por primera vez desde su muerte, durmió tranquilo.

Al despertarse sintió mucho hambre y frío. De repente se dio cuenta de que estaba en diciembre y que en la pequeña casa no había leña para el fuego ni comida en la despensa. Era un martes y la última vez que había comido algo había sido el viernes anterior, en casa del rabino y su mujer, cuando le invitaron a compartir la cena del *Shabat*. Decidió salir a buscar trabajo pero al ser el primer día de *Januká*, en la judería era fiesta. Así que Yosef abandonó la judería y se encaminó a la plaza del mercado, cerca de La Lonja, donde siempre se podía encontrar alguna ocupación.

Se acercó primero a María, una campesina cristiana amiga de sus padres que vendía verduras y frutas de su huerta.

—¡Buen día, María! —le saludó Yosef amigablemente.

—¡Hola! —respondió María—. ¡Qué supresa tan grata! Cuánto siento lo de tu padre. Era un hombre muy bueno y...

La mujer, que era un poco parlanchina, continuó hablando un buen rato y cuando por fin se cansó, Yosef le preguntó:

—María, ¿no tendrás algún trabajo para mí? ¿Algo que pueda hacer para ganar un poco de dinero o leña para el fuego o comida para pasar la semana?

—¿Trabajo? —exclamó María—. ¡Ojalá pudiera darte algo de trabajo! No sabes lo mal que van las cosas: la tierra esta congelada y no da nada; las gallinas no ponen huevos hace semanas; y hace unos días se nos murió la vieja burra, ¿sabes? Qué desastre... —y así siguió la mujer, lamentándose un buen rato.

—Tranquila María —le contestó abrumado Yosef—. Siento oír lo mal que te van las cosas... ¡Ah! Ahí veo a Abdul. Seguro que él me dará algún trabajo.

Abdul, amigo de la infancia de Yosef, era un comerciante musulmán que vendía alfombras traídas a Zaragoza desde Medio Oriente.

—¡Buenos días, Abdul!

—¡Hola! —respondió Abdul—. ¡Qué supresa tan grata! Cuánto siento lo de tu padre. Era un buen hombre...

—Abdul, ¿no tendrás algo de trabajo para mí? ¿Algo que pueda hacer para ganar un poco de dinero?

—¿Trabajo? —exclamó Abdul—. ¡Ojalá pudiera darte algo! No sabes lo mal que van las cosas: unos bandidos han robado toda mi nueva mercancía a tres días de viaje

de Zaragoza. Mi pobre hijo escapó con vida de milagro. Esta mercancía es todo lo que tengo y necesito lo que gane para mandar a mi hijo a comprar más género... —se quejó Abdul.

—Tranquilo Abdul —le contestó abrumado Yosef—. Siento oír lo mal que te van las cosas. ¡Ah! Ahí veo a Mateo. Igual él me puede dar algo de trabajo.

Y así pasó Yosef de amigo a amigo, de conocido a conocido y de puesto a puesto. Pero nadie podía darle trabajo. Parecía que esos meses habían sido muy malos en Zaragoza para todo el mundo.

A mediodía, tras haber recorrido todo el mercado sin conseguir trabajo, Yosef estaba cansado, apesadumbrado y hambriento. Se metió en una estrecha calle detrás de la catedral de La Seo y se sentó en un rincón. De una tahona cercana salió un panadero con una bandeja llena de empanadillas recién hechas, la dejó en un poyo junto a la puerta y volvió a entrar a la casa.

El olor de las empanadillas era maravilloso y Yosef, que tenía mucha hambre, pensó: “¡Qué buena pinta tienen estas empanadillas! Las de la izquierda tienen que ser de carne así que no podría comerlas ya que seguro que están hechas con carne de cerdo, que no es *kasher*. Las del

medio parecen ser de queso... ¡Qué bien huelen! Pero al estar al lado de las de carne, las habrán tocado y tampoco serán *kasher* porque, como dice la *mitzvá* "No mezcles la carne con la leche". Pero las de la derecha son de verduras. ¡Qué buena pinta tienen! Estas sí que las puede comer un judío...

Yosef buscó en sus bolsillos a ver si, por casualidad, aún le quedaba alguna moneda para comprar una empanadilla. Pero no encontró ninguna. Miró alrededor y se dio cuenta de que la calle estaba desierta. No se veía a nadie y pensó: "¿Y si cojo una empanadilla y la pago mañana o cuando tenga dinero? Esto no es exactamente robar ya que tengo intención de pagar. Es más bien un préstamo... Además, si no como algo, me desmayaré o me enfermaré; si estoy enfermo, no podré trabajar; si no trabajo, no ganaré dinero para comprar comida; si no tengo dinero ni comida, me quedaré cada vez más débil y al final me moriré..."

Volvió a mirar a su alrededor para ver si venía alguien: nadie a la derecha, nadie a la izquierda... Se acercó a la bandeja, se asomó a la puerta abierta de la tahona y vio al panadero ocupado metiendo unas tortas al horno. Echo un último vistazo a su alrededor y, casi sin realmente

quererlo, cogió una empanadilla de verdura y se la metió a la boca.

La empanadilla estaba... ¡oooooooooh! ¡Cómo estaba de buena, crujiente y jugosa a la vez! Calentita y sabrosa, salada y dulzona. Yosef disfrutaba de cada segundo, de cada minuto, notando cómo la empanadilla se deshacía en su boca poco a poco y bajaba por su garganta con un leve cosquilleo. Se olvidó del frío, del cansancio, del hambre y una feliz sonrisa brotó de lo más profundo de su corazón.

Pero justo entonces, cuando a punto estaba de coger otra empanadilla, desde uno de los extremos de la calle se oyó una voz gritando: “¡Al ladrón! ¡Al ladrón!”. Al momento, desde la plaza de La Seo se oyeron los gritos repetidos: “¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!”

Y al pobre Yosef lo llevaron a la Aljafería* y lo metieron en una pequeña, oscura y húmeda celda. Esa misma tarde

* La Aljafería es un palacio fortificado construido en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XI, en época de Al-Muqtadir, como residencia de los reyes Hudíes, y refleja el esplendor alcanzado por el Reino Taifa de Saraqusta en el momento de su máximo apogeo político y cultural. Tras la reconquista de Zaragoza en 1118 por Alfonso I El Batallador pasó a ser residencia de los reyes cristianos de Aragón. Fue utilizada como residencia regia por Pedro IV “el Ceremonioso” (1336 a 1387) y posteriormente, en la planta principal, se llevó a cabo la reforma que convirtió estas estancias en palacio de los Reyes Católicos en 1492.

El resto del cuento y mas cuentos
+ vocabulario
en el libro

“El olivo de la Aljafería Cuentos judíos en Aragón”



Sefarad Aragón
<http://sefaradaragon.org>